MASTER
NEGATIVE
NO. 93-81160-27

AUTHOR:

LAGARRIGUE, JUAN ENRIQUE

TITLE:

HACIA LA REGENERACION...

PLACE:

SANTIAGO DE CHILE

DATE:

1908

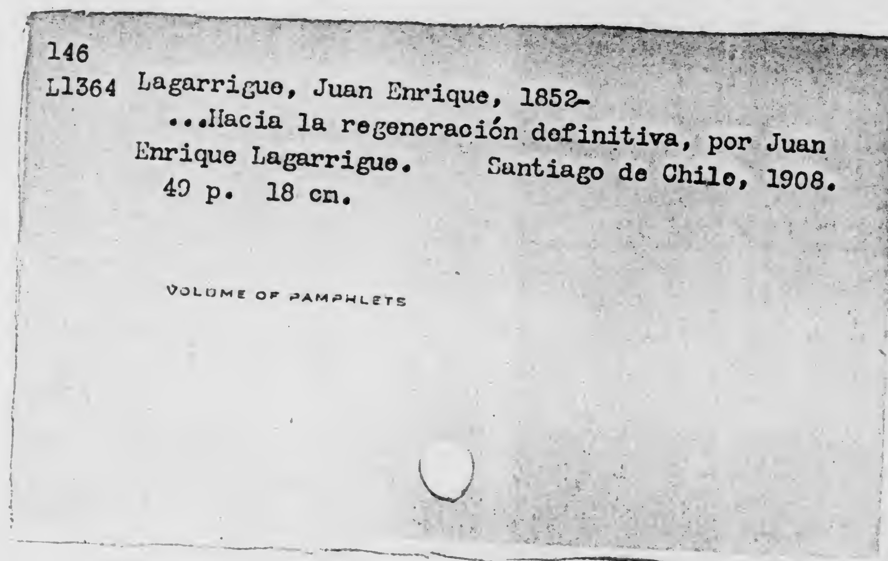
Master Negative #

93-81160-27

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

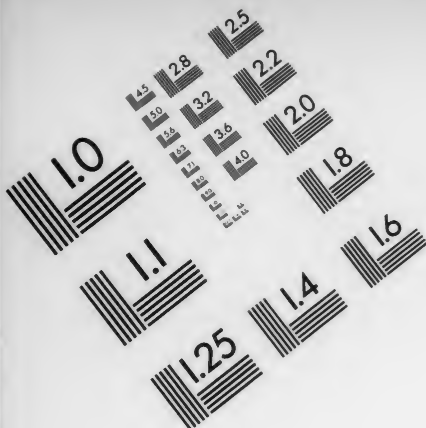

146
L1364 Lagarrigue, Juan Enrique, 1852-
...Hacia la regeneración definitiva, por Juan Enrique Lagarrigue. Santiago de Chile, 1908.
49 p. 18 cm.

VOLUME OF PAMPHLETS

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB
DATE FILMED: 3-8-93 INITIALS MGY
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

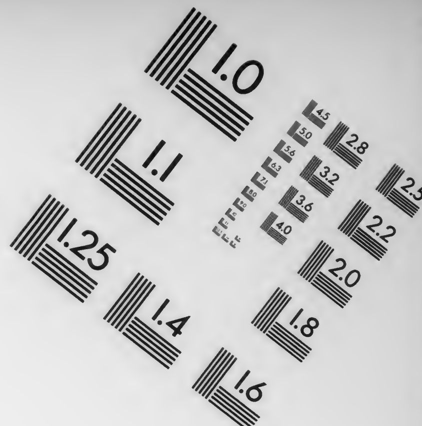



AIIM

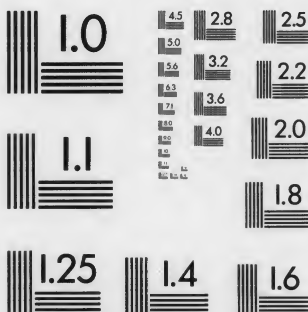
Association for Information and Image Management

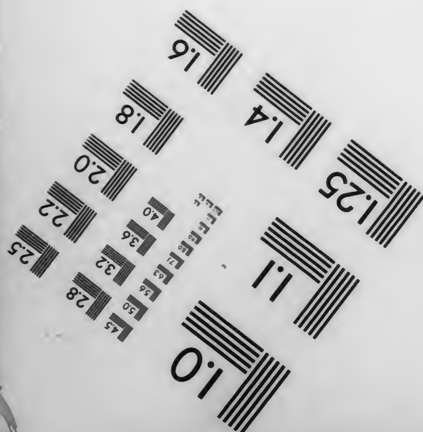
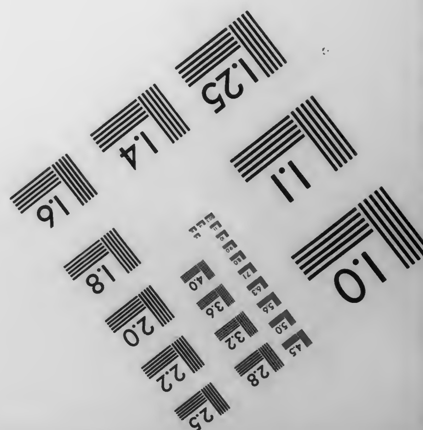
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910

301/587-8202







MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

no. 27

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

EL AMOR POR PRINCIPIO Y EL ORDEN POR BASE;
EL PROGRESO POR FIN

HACIA
LA
REGENERACIÓN DEFINITIVA

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE



SANTIAGO DE CHILE

Año 54 de la Era Normal

—

1908

IMP. CERVANTES



PREÁMBULO

Hacia la regeneración definitiva convergen, por varias sendas, las cartas que forman este folleto. La dirigida á uno de los jefes del proletariado en nuestra patria, es anterior á la imponente huelga de Iquique, que tuvo tan horrendo desenlace. Ante un maduro examen, él provino de inexperiencia completa, en estas graves cuestiones, de parte de los encargados de mantener el orden público, y nó de crueldad deliberada, como pudo al principio imaginarse, en vista de la matanza de hombres inermes, aunque temibles por su multitud y su exaltación. En la respuesta dada á dicha carta, con posterioridad á ese lúgubre suceso, pasa inadvertido el alcance redentor de los votos que el positivismo dictara con generosa previsión del porvenir. Sin duda, las negras nubes de amarga tristeza levantadas por el sangriento fin de la colosal huelga, no han dejado percibir, desde luego, á un digno guía de los obreros,

que el fraternal arreglo de las cuestiones internacionales, es condición previa indispensable para que el proletariado se eleve á su verdadero rango. Más tarde espero que convenga en ello, cuando recobre su imparcial criterio.

Importa no olvidar, en ningún caso, la lógica social de los acontecimientos humanos. Si las naciones son egoístas unas respecto de otras ¿cómo podrán ser altruistas en su propio seno? Medítese sobre esto con serenidad, y procédase en consecuencia, guardándose cuidadosamente de tomar rumbos extraviados, en que se malgastan las mejores aptitudes en animosidades y discordias estériles, siendo que debe consagrárselas sólo al más noble progreso de nuestra especie.

Los proletarios, si quieren llenar en toda su amplitud su misión propia, necesitan realizar el programa que les trazara Augusto Comte, que es el mejor amigo que han tenido, puesto que se ha preocupado más que nadie de aliviar y enaltecer su suerte. El Maestro lo formuló con brevedad así: la unión de un gran pensamiento con una gran fuerza. Tal es el camino seguro que conduce á la felicidad del proletariado y al pleno ejercicio de sus deberes sociales.

Por su número, y, sobre todo, cuando están unidos, los obreros representan un poder inmenso. Pero para que lo ejerzan con eficacia, es preciso que se hallen poseídos de una inquebrantable doctrina orgánica. Sin eso, agotarían sus esfuerzos en una infecunda labor revolucionaria, que no haría, en último análisis, mas que empeorar su precaria situación. Sólo inspirados por la Religión de la Humanidad alcanzarán, libres de falsos mirajes, una existencia venturosa, erigida sobre la más perfecta moral.

Anhelo que el proletariado no tarde en escuchar las sublimes enseñanzas de Augusto Comte. Eso implica que sepa desoir á los predicadores del odio. En efecto, la regeneración final no podrá ser jamás sino el fruto santo del altruismo. Según el Maestro, muchos de los que se presentan como reformadores sociales parecen más animados de aborrecimiento al rico que de amor al pobre. Con ese enconoso espíritu no es posible que llegue á surgir un mundo mejor, y se agravará, por el contrario. la deplorable crisis actual.

Para contribuir á la redención suprema se requiere ciertamente de una abnegada fortaleza, que nunca se canse de sustentar la concordia, por grandes qne sean los desacuerdos y á pesar de las más penosas decepciones. La vida normal no puede consistir ni en la lucha de clases, ni en la lucha de pueblos, sino en el concurso armónico de todos los hombres, desde el seno de sus patrias y familias respectivas, al servicio de la Humanidad, centro glorioso é incontestable de nuestro destino sobre la Tierra, á través de la serie infinita de las generaciones. He ahí el sagrado objeto que persigue de frente la Religión, ahora que ha logrado revestir su excelso carácter positivo, quedando respetuosamente eliminado el teologismo, que ya cumplió su misión provisoria.

¡Cuán deseable sería que el proletariado tratara de constituirse firmemente en verdadera opinión pública, guiado por la doctrina altruista! Entonces veríamos organizarse nuestra vida entera, bajo su faz afectiva, intelectual y práctica, en servicio exclusivo de la Humanidad, sin que nunca aparezcan los tristes descaminamientos actuales que desperdician en fines antisociales tantos ímprobos trabajos. La religión sociológica imperaría en toda la Tierra, de modo que nadie podría sustraerse á su dirección bendita. ¡Qué coherencia tan sublime ofrecería así la existencia humana! Si hoy la vida privada anda por un lado y la vida pública por otro, si el individuo no se siente realmente en comunión con la sociedad, si la religión, en una palabra, no preside la conducta de los hombres y de los pueblos, eso proviene, en el fondo, de que habiéndose agotado irrevocablemente el teologismo, éste ya no puede regirnos, y todo marcha al azar, en medio del mayor desconcierto. Pero con el positivismo saldremos, en verdad, de ese caos, tornándose, bajo esta doctrina eterna, cada vez más virtuosa y feliz la condición de las personas, de los hogares y de las patrias, en el seno sacrosanto de la Humanidad, donde todo se armoniza altruistamente.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.
(San Isidro, 75)
nacido, en Valparaíso, el 28 de Enero de 1852.

Santiago de Chile, 6 de Aristóteles de 54.
(2 de Marzo de 1908).

ABOLICIÓN DEL MONOPOLIO EN LA ENSEÑANZA

Señor don Abdón Cifuentes.

Respetado señor:

Permítame escribirle sobre el conceptuoso y elocuente discurso que terminó Vd. ayer en el Senado. Debo confesarle que sólo ahora me he impuesto del verdadero espíritu que lo anima. Yo me hallaba ofuscado por la leyenda desfavorable que se había elaborado respecto de Vd. cuando su Ministerio durante el Gobierno del primero de los Errázuriz. Entonces no pude apreciar, por escasez de años, lo que sucedia en la cosa pública y acepté inconcientemente la ruidosa opinión que desestimó a Vd.

La cita hecha por Vd. en su discurso actual de uno que pronunció Vd. siendo Ministro, me ha probado que la razón se encontraba de

su lado, y que, á no haberse reaccionado contra su reforma, la verdadera cultura del país se vería hoy mucho más avanzada. El monopolio en la instrucción, como en todo, y ahí tal vez más que en cosa alguna, es el peor de los sistemas. En efecto, él comprime las fuerzas humanas, impidiendo que alcancen la plenitud de su desarrollo y que tengan, por lo tanto, la mayor eficacia social.

Cuanto al proyecto que se discute en el Senado, Vd. consecuente con sus principios, ha declarado que no le satisface, pues no responde á su ideal, que es la libertad de enseñanza y de profesiones, y de antemano había presentado Vd. un plan de reforma en tal sentido. Sobre este punto se halla Vd. en perfecto acuerdo con el señor Mac-Iver. ¿Por qué entonces no dar de mano el proyecto pendiente que es de índole parlamentaria y que tiende á fortalecer, en mala hora, el poder del Congreso, tornándolo, por decirlo así, no ya sólo en gobierno temporal, sino también en gobierno espiritual de la nación, lo que implicaría el despotismo más funesto que cabe imaginar? Me parece que con un poco de calma y de buena voluntad las desinteligencias lograrían verse armonizadas.

Quisiera ahora tocar algo muy trascendental y que con la educación se liga estrechamente. ¡Cuán honda crisis sufre hoy el mundo entero! Aquélla por que pasó Roma y en que hizo su aparición el cristianismo, resulta pequeña al lado de la nuestra. Si entonces fué indispensable una nueva religión para recobrar la salud

perdida, ahora, con más motivo, sólo un remedio análogo puede salvarnos. Hace un siglo que el gran pensador católico José de Maistre exclamaba apenado, que ya no había religión sobre la Tierra, queriendo significar así que la religión no presidía como antes intrínsecamente la existencia humana; ¡Con cuánta más razón no diría eso en nuestro tiempo! Pero él preveía, á la vez, que la discordia entre la religión y la ciencia, causa íntima del fatal escepticismo, debía cesar cuando llegaran á hermanarse orgánicamente, como ha sucedido al fin con el positivismo fundado por Augusto Comte.

Saluda á Vd. con alta estimación su servidor

Juan Enrique Lagarrigue.

Santiago, 16 de Dante de 53.
(31 de Julio de 1907).



CULTURA SIN SOLUCIÓN DE CONTINUIDAD

Señor don Luis Roberto Boza.

Distinguido señor:

Viva complacencia me ha causado su atenta del 15 de este mes, porque Vd. me dice que participa del criterio moral con que fué escrita una de las cartas que contiene mi folleto "*En favor de la verdadera vía*". Le manifestaré. por mi parte, que su revista "Verdad" ha salido ahora á luz mejor inspirada que antes. Parece, en efecto, que tiende sólo á edificar. He ahí precisamente el anhelo de que debieran estar animados todos los obreros espirituales, si quieren llenar misión regeneradora.

Es un principio social, consagrado por el positivismo, que no se destruye sino lo que se reemplaza. Nada cuesta persuadirse de esto. Recórrase el campo inmenso de la historia y

se podrá observar siempre que por más gastadas que estén las doctrinas ó las instituciones, siguen, no obstante, subsistiendo hasta que otras doctrinas ó instituciones vengan á ocupar su puesto. A la vista tenemos, por lo demás, un ejemplo con lo que ha pasado respecto del cristianismo. El siglo XVIII deshizo todos sus dogmas, y sin embargo el cristianismo se mantiene todavía en pie, aunque desprovisto de vitalidad interna.

Las propias personas que no creen en él dejan que sus hijos lo profesen, porque continúa siendo la religión de las madres, á quienes les corresponde naturalmente formar la conciencia de los niños. Pero sucede después que éstos, al tornarse hombres, se alejan de la doctrina de su infancia, para que se repita más tarde en su descendencia el mismo contradictorio espectáculo. Situación tan deplorable reclama, sin duda el triunfo de una doctrina orgánica que asocie espiritualmente al hombre y la mujer, á fin de que puedan constituir familia armónica y educar en perfecto acuerdo á sus hijos, de modo que el progreso moral vaya creciendo de generación en generación.

Esa premiosa necesidad doctrinaria la satisface plenamente la Religión de la Humanidad. Medio siglo lleva ella de existencia, desde su fundación definitiva por Augusto Comte, bajo la más santa inspiración femenina. Muy corto espacio de tiempo es ése para la historia de una doctrina que está llamada á producir la eterna concordia en nuestro planeta. Con todo, la Religión de la Humanidad

no ha dejado de avanzar lenta, pero firmemente. Por cierto que su marcha podría acelerarse bastante sin ser por eso precipitada, si vinieran á prestarle su decidido concurso los innumerables emancipados de lo sobrenatural. Como se trabaje siempre, en tal sentido, con vigor sereno é inquebrantable, la Religión de la Humanidad llegará á presidir felizmente, en tiempo no lejano, los destinos del mundo entero.

Dada la generosa la índole de la mujer, se le ha de ver ciertamente profesar con inefable júbilo la doctrina altruista, que encarna un espíritu de santidad muy superior al de cualquiera creencia teológica. Pero hay más todavía. Si la Religión de la Humanidad, sucediendo á todas las demás religiones, viene á instituir al fin la comunión universal, no lo hace sin tributarles el homenaje que merecen por los servicios que han prestado y las mira, por decirlo así, como sus precursores indispensables. Esto allana el camino de la reforma suprema. Convertirse al positivismo no es, en verdad, sino ascender á la religión normal, en cuyo seno fraternizarán para siempre todas las clases, todos los pueblos y todas las razas de la Tierra, lo que ha de conducir á la más perfecta organización social de nuestra especie y á la más elevada cultura moral de los individuos.

Hago votos por que Vd. que es dueño de muy bella pluma y el grupo de brillantes escritores que lo acompaña, se penetren íntimamente de la doctrina altruista. ¡Cuán benéfica labor realizarían entonces! Veo entre Vds.

al poeta don Víctor Domingo Silva, cuyo alto estro, si se enciende en el fuego sacro de la Religión de la Humanidad, se convertirá en radiante estrella que guíe hacia el más glorioso porvenir.

Saluda á Vd. con atención cordial su servidor

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

Santiago, 7 de Gutenberg de 53
(19 de Agosto de 1907)

———



CARÁCTER FINAL DE LA IGLESIA

Señor don Abdón Cifuentes

Respetado señor:

Contesto á su apreciable carta después de haber leído con detenimiento el libro de sus Discursos que Vd. tuvo la bondad de obsequiarme. Persuadido Vd., sin duda, de que la verdad del pensamiento se realza con la belleza de la expresión, sabe mostrarse un consumado artista en materia de estilo. Su lenguaje traduce sus ideas con nítida precisión y fervorosa elocuencia. Lejos de que la frase se lo lleve, Vd. la domina por completo, haciéndola intérprete sumisa, exacta y brillante de lo que su alma concibe. Es Vd. así un notable modelo del buen decir, que debe de haberse formado en contacto asiduo con los grandes maestros de la palabra antiguos y modernos.

De la serie de sus trabajos, en que circula un mismo y firme aliento, desde el primero que

hizo de joven hasta el último que ha hecho, por ahora, de anciano, se desprende que es Vd. partidario decidido del régimen de libertad é inquebrantable adversario de toda especie de despotismo. Lógicamente acepta Vd. la separación de la Iglesia y el Estado, que constituye, en cierto modo, el eje de la organización normal de nuestra existencia y que abre el paso á la más elevada cultura humana. Tan erróneo y peligroso es un poder temporal que pretende ser poder espiritual, como el caso inverso. Esos dos poderes tendían á confundirse en la antigüedad, y el Emperador de Roma era, al mismo tiempo, el Sumo Pontífice. Durante la Edad Media se opera la distinción expresa, si bien teológicamente sugerida, entre lo espiritual y lo temporal. Sin embargo, el papado cedió algunas veces á la tentación de aspirar al dominio político del mundo entero, con grave perjuicio de sus altas funciones morales.

La separación de la Iglesia y el Estado ha sido incontestablemente sancionada por la verdadera sociología que se debe á Augusto Comte, quien nos dió la realidad intrínseca de esa difícil ciencia y la feliz palabra que la designa. Mucho se abusa hoy del nombre de sociología, pues las especulaciones más superficiales y absurdas sobre el orden social pretenden autorizarse con ese título. A modo de protesta ciega contra el catolicismo, se ha desarrollado una extraña tendencia á organizar la sociedad sin religión. Se desearía que no hubiera mas que Estado, quedando por con-

siguiente eliminada la Iglesia, cuando no se pide, á la vez, la abolición de ésta y de aquél, como lo hace el anarquismo. Todo eso intenta pasar por sociología, aunque es lo más anti-sociológico que cabe.

Parece increíble que llegue á desconocerse el axioma de que no hay sociedad sin gobierno, por más que éste revista formas diversas. Ni es tampoco menos cierto que se necesita imprescindiblemente del sacerdocio para moralizar la existencia humana y, sobre todo, para instituir la armonía universal. Esta no puede ser obra de los gobiernos que, por su destino mismo, se reducen al punto de vista nacional, sino del sacerdocio, cuyo grande oficio lo coloca en el punto de vista de la comunidad de los pueblos. A la verdad, el fin propio del Estado es el bienestar respectivo de cada patria, mientras que el fin propio de la Iglesia es el servicio supremo de la Humanidad.

Cuanto á la doctrina en que ha de inspirarse la Iglesia para llenar su misión altísima, comprendo que, según Vd., lo sea el catolicismo. No obstante, permítame á ese respecto algunas consideraciones. Sin duda, el catolicismo ha prestado muy grandes servicios, en especial durante la Edad Media, en que popularizó la cultura moral, persuadiendo á las almas de que el objeto capital de la vida es proponerse alcanzar la virtud. Todos los santos que contribuyeron á esa gloriosa empresa merecen recordación y agradecimiento eternos. Pero el catolicismo es detenido en su crecimiento, primero por el islamismo, que vino

de afuera, y en seguida por el protestantismo, que surgió de su propio seno y le arrebató una gran parte de sus fieles. Heroicos esfuerzos se han hecho para reponerlo de sus quebrantos, distinguiéndose particularmente en tal sentido la célebre Compañía de San Ignacio. A pesar de todo no ha vuelto á recobrar su antiguo esplendor. Y, por el contrario, se le ve ahora en condiciones todavía más desfavorables.

Si bien se mira, la historia no se repite y cuando un orden de cosas se desorganiza, la reconstrucción se efectúa siempre bajo forma distinta. De ahí que el ilustre José de Maistre opinara, con la penetración que le caracteriza, que era preciso optar entre estas dos hipótesis, ó que el cristianismo se refundiría por completo, ó que se vería aparecer una nueva religión. El estaba naturalmente por lo primero, mas es lo segundo lo que ha sucedido. En efecto, la conciliación entre la religión y la ciencia, que tanto anhelaba José de Maistre y en que hacía estribar el fin de la crisis irreligiosa, vino á realizarse mediante el positivismo. Esta sublime doctrina satisface á la vez las exigencias del corazón y las del espíritu, y lleva al pleno equilibrio de las almas en el seno de la perpétua concordia de pueblos y de razas. Se trabajará entonces con verdadero júbilo bajo la santa inspiración de un culto que se apropia todas las artes en favor del perfeccionamiento altruista de la vida pública y privada.

Con el triunfo del positivismo ha de obtenerse la eterna unificación moral de ambos

sexos en la misma fe. Eso producirá la más inefable paz del hogar, y permitirá la sólida y armónica educación de los hijos, que sabrán guardar con veneración la herencia espiritual de sus padres y trasmitirla enriquecida á su propia descendencia. Cada nueva generación irá pues acrecentando ese tesoro sagrado que, con el concurso homogéneo de las diversas familias, volverá, de día en día, más virtuosa y feliz la existencia humana. Este bendito espectáculo abrazará al fin el conjunto de las patrias, porque todas éllas no podrán menos de evolucionar hacia el positivismo, donde sus historias respectivas son sancionadas como encaminamientos que convergen, de un modo ú otro, al glorioso imperio del amor universal.

Hago votos, señor Cifuentes, por que Vd., desde el respetable asiento de su digna ancianidad, dé una serena mirada de esperanza sobre el excelso porvenir que la doctrina altruista viene á edificar. Esta religión sociológica proclama la colaboración en la Humanidad, no sólo de todos los pueblos, sino también de todos los tiempos. Por eso los positivistas debemos trabajar siempre en noble armonía con nuestros contemporáneos, sin acepción de países, y penetrados de gratitud por la serie de nuestros predecesores, á contar de los primeros pasos de la civilización.

Saluda á Vd. con alta estima su servidor obsecuente

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

Santiago, 13 de Shakespeare de 53.
(22 de Septiembre de 1907).



EL FUNDADOR DE LA SOCIOLOGÍA

Señor don Omer Emeth.

Distinguido señor:

En su sentido é interesante artículo á la memeria de Edmundo Demolins, que aparece en "El Mercurio" de hoy, dice Vd. que Le Play comparte con Augusto Comte la gloria de haber fundado la sociología. Sin que yo desconozca la noble índole moral de Le Play y su esforzada labor por mejorar la suerte del proletariado, no puedo convenir en que él haya participado en la fundación de la sociología bajo ningún respecto. Bastaría la sola circunstancia de que no alcanzó á emanciparse de la teología, para tornar imposible su concurso en la institución orgánica de la ciencia social.

Cuanto á eso, Augusto Comte es el arquitecto único que ha sabido construir el más sublime edificio que cabe imaginar, puesto que la sociología se resume al fin en la Religión de la Humanidad, doctrina suprema que debe hacer triunfar la más pura santidad sobre la Tierra.

Le Play ha escrito, sin duda, muy útiles monografías tocante al orden social, pero no estaba animado del genio creador que caracteriza á los grandes maestros y que el fundador del positivismo tenía en el más alto grado.

Me parece que Vd. tiende con Demolins á admirar con exceso á los pueblos anglo-sajones. No niego que éllos, lo mismo que Alemania, estén más adelantados bajo el punto de vista industrial, que los pueblos llamados latinos, si se exceptúa á Francia por cierto. Pero, bajo el punto de vista de la civilización normal, la supremacía es inversa. Estimo indudable, en efecto, que Francia, Italia, España y las Repúblicas Americanas hijas de esta última nación, se hallan más cerca, que Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, de la sociocracia en que la vida de la familia y la patria se reglarán por el amor y el servicio de la Humanidad.

La sociología, tal como Augusto Comte la ha instituído, es, si bien se mira, el camino seguro de la redención suprema. Todos los sofismas revolucionarios que pretenden disolver la patria y la familia desaparecerán, por fin, ante los argumentos incontestables de la verdadera ciencia social, que viene á organizar en su forma más perfecta la vida pública y privada.

Saluda á Vd. atentamente su servidor

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

Santiago, 2 de Descartes de 53.
(9 de Octubre de 1907).

ARMONÍA ENTRE LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

Señor don B. Vicuña Subercaseaux

Distinguido señor y amigo:

He leído con vivo interés en "El Mercurio" de hoy su bello artículo sobre la conferencia religiosa dada en París por Antonio Fogazzaro. Este gran novelista, digno heredero del genio de Manzoni, el inmortal autor de "Los Novios", anhela que se opere bajo el catolicismo la conciliación entre la religión y la ciencia. Fué también un ilustre italiano, aunque redactara sus obras en francés, José de Maistre, el primero que concibió hace un siglo ese desideratum trascendental. Todos éllos, lo mismo que Guillermo Ferrero y varios otros escritores célebres, sin dejar de amar íntimamente, á su propia patria, la noble y hermosa Italia, cuya admirable cultura artística

preside el sublime Dante, se sienten atraídos por el espíritu universal de Francia y la miran reverentes como la nación que lleva los destinos del género humano.

Ahora bien, en el seno mismo de Francia, en su gloriosa capital París, verdadera metrópoli de nuestro planeta, ha surgido la tan deseada y necesaria conciliación entre la religión y la ciencia. Ello es obra de Augusto Comte bajo la más excelsa inspiración femenina. Se tarda en reconocerlo porque se ha supuesto que el positivismo es sólo una doctrina intelectual que no entra en los dominios del sentimiento. Nada sin embargo más inexacto. Si el positivismo se apoya, por cierto, en la más profunda ciencia, se eleva también el más sublime amor, y con esas dos condiciones esenciales regla plenamente la actividad del modo más noble y eficaz.

La fórmula sagrada que resume esta doctrina religiosa caracteriza con toda lucidez su verdadero espíritu. ¡Cuán perfecta es esa fórmula y qué guía tan seguro para la vida entera! No se concibe, en efecto, norma alguna más homogénea y completa que esta: "*El amor por principio y el Orden por base; el Progreso por fin*". He aquí el comentario que el mismo Augusto Comte, que la instituyó, le ha consagrado: "El Amor busca el orden é induce al progreso; el Orden consolida el amor y dirige el progreso; el Progreso desarrolla el orden y vuelve al amor". Conducidos por esta fórmula definitiva, quedaremos libres del odio, del desorden y del retroceso, y veremos prosperar, de día en día, la paz social y la felicidad del mundo.

El catolicismo es, si bien se mira, de todas las religiones teológicas, la de índole más sociológica. Por eso Augusto Comte lo califica de precursor inmediato del positivismo y le rinde el mayor acatamiento. La denominación misma de la doctrina de San Pablo no encierra ninguna expresión teológica. Llámase, en efecto, católica, apostólica, romana, es decir, universal, instituída por el incomparable apóstol que reducía toda la ley á la caridad (plenitudo legis est dilectio) y consolidada en Roma, la ciudad que encarnaba la civilización más eminente de la época y que tendía á unir á todos los pueblos en un solo organismo.

Hasta el culto del catolicismo es de carácter más humano que teológico. A la verdad, él consiste, en cierto modo, casi por completo, en la adoración de la Virgen Madre y de los Santos ¿Qué preparación más adecuada que ésa para el culto de la Humanidad? La Virgen Madre es realmente el más precioso lazo de unión entre el catolicismo y el positivismo. Ella simboliza la glorificación de la Mujer que es la verdadera fuente de la santidad, como que sólo por inspiración femenina se purifica el hombre de sus malas pasiones y se eleva al más virtuoso ideal.

Se incurre hoy en peligrosa aberración al querer confundir las funciones de ambos sexos. El destino propio de la mujer no puede ser otro que el acercarse incesantemente al sa-

grado tipo de la Virgen Madre, para velar cada vez más, desde el recinto sagrado de la familia, por el progreso moral de nuestra especie. Y la Virgen Madre es además la única personificación digna de la Humanidad que lleva amorosamente en su seno á todos los hombres y se esfuerza por santificarlos con su aliento venerando.

Saluda á Vd. atenta y cordialmente su servidor y amigo

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

Santiago, 6 de Descartes de 53
(13 de Octubre de 1907)

———



RELIGIÓN DEFINITIVA
Y CIVILIZACIÓN NORMAL

———

Señor don Omer Emeth

Distinguido señor:

Dos artículos de su bella é instructiva pluma, que ventila las más diversas é importantes cuestiones en forma precisa y clara, ha consagrado Vd. en "El Mercurio" á discutir cordialmente las observaciones que me permití hacerle con motivo, sobre todo, de que Vd. hubiera dicho que Le Play compartía con Augusto Comte la gloria de haber fundado la sociología. Lealmente reconoce Vd. ahora que esa alta ciencia es creación exclusiva de Augusto Comte. Sin embargo, opina Vd. que Le Play introdujo la sociología en la esfera del catolicismo, donde le parece que no habría podido entrar directamente por conducto del fundador del positivismo.

Estoy dispuesto, en cierto modo, á convenir con Vd. á ese respecto, siempre que Vd. convenga también conmigo en que ha llegado el momento de que los católicos estudien, de buen grado, la sociología en la misma obra capital del sublime genio que la instituyera realmente, es decir, en el *Sistema de política positiva* de Augusto Comte. Sé, por lo demás, que ya sucede eso en Francia, con laicos y sacerdotes que adhieren aun á la religión de San Pablo. Y me complazco en ver ahí el indicio de una feliz evolución del catolicismo hacia el positivismo que viene á salvar el mundo de la creciente anarquía que lo devora.

Sostiene Vd. que en el fondo de todas las cuestiones reside la cuestión teológica, de la cual no es posible prescindir. Entiendo que este concepto sería más exacto, si en vez de cuestión teológica se dijera cuestión religiosa. A la verdad, todas las graves dificultades de nuestro tiempo, entre clases sociales, entre pueblos y entre razas, no lograrán ser resueltas digna y eficazmente sino por medio de la religión, lo que no implica que sea por medio de la teología. Religión y teología distan de formar identidad y pueden existir cada cual aparte. Hay, en efecto, religión sin teología, como hay teología sin religión. Todos los deístas independientes que no pertenecen á ninguna creencia dada, son teologistas sin ser religiosos. Por el contrario, todos los positivistas que profesan la doctrina altruista y rinden culto á la Humanidad, son religiosos sin ser teologistas.

La palabra religión que, según Augusto Comte, es la más bien formada de todas las voces humanas, no tiene de suyo sentido teológico. Ella implica solamente disciplina individual y lazo social bajo unos mismos principios. No hay por eso término de más alto significado que el vocablo religión. Tan es así que los mismos que se muestran adversos á toda religión se apellidan, no obstante, entre éllos *correligionarios*, cuando se asocian con un fin determinado, aunque las ideas que los animen sean más negativas que positivas. Esto viene á comprobar la necesidad de que los hombres se reglen y se liguen, según ciertas nociones fundamentales.

Creo que con un poco de buena voluntad podríamos llegar, en fin, todos á entendernos. En nuestra época ya no se concibe ni el fanatismo, ni la intolerancia. La cultura humana los ha proscrito. No desconozco que esas imperfecciones de otros tiempos suelen aún reaparecer en mala hora, pero son fenómenos anacrónicos y sin consistencia que el menor soplo de buen sentido disipa fácilmente. La tendencia á la concordia universal se acentúa cada vez más. Sólo falta que se la preconice religiosamente en nombre de la Humanidad, de cuya bendita existencia no cabe dudar, y á cuyo sagrado influjo deberán unirse todos los pueblos en la más gloriosa y feliz colaboración.

Mediante el positivismo ha de obtenerse el triunfo de la fraternidad en el espacio y, á la vez, de la fraternidad en el tiempo, que es de

más trascendencia aún. Si la primera implica la solidaridad social entre los contemporáneos, la segunda implica la continuidad social entre las generaciones, de modo que toda nuestra especie forma un conjunto orgánico á través de los siglos. Este incesante encadenamiento de nuestros destinos en la serie de las edades, constituye la mayor dignidad de la existencia humana. Se alcanza, por decirlo así, un grado tanto más alto de religiosidad, cuanto más se respeta al pasado y más se trabaja por el porvenir, siempre que también se cumpla con el presente. Y nunca se procede más irreligiosamente que cuando se vive al día, pensando sólo en el momento actual, sin venerar á la prioridad, ni velar por la posteridad.

En el fondo de la teología se encuentra, á su manera, todo eso. Ni podía menos de ser así. La teología es, en efecto, como lo demuestra la sociología, una emanación de la naturaleza humana que hubo de recurrir espontánea y provisoriamente á ese modo de ver, para regir la existencia personal y social. Antes de llegar á los conceptos positivos, fué necesario servirse de los conceptos sobrenaturales, que no son, por lo demás, sino un reflejo idealizado del corazón y del espíritu del hombre. Bajo este aspecto, la teología se presenta, en verdad, como un camino que conduce hacia la sociología. Por eso, las diversas religiones sobrenaturales pueden fundirse gradualmente en la Religión de la Humanidad que las resume todas, llevándolas hasta la sublime plenitud de su desarrollo.

Cuanto á mi observación de que Francia, Italia, España y las repúblicas americanas, hijas de esta última nación, se hallan en mejores condiciones, bajo el punto de vista de la civilización normal, que Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, me invita Vd. cortesmente á que explique en qué consiste esa civilización normal. Es cierto que en mi carta á Vd. lo insinué solamente, al decir que los primeros países estaban más cerca que los segundos de la sociocracia, en que la vida de la familia y de la patria se reglarán por el amor y el servicio de la Humanidad. Trataré, pues, de ser ahora más explícito.

La primera forma de la civilización fué, sin duda, la teocracia. Ella ha durado en el Asia hasta nuestro tiempo, como lo comprueba, sobre todo, la China que Vd. mismo cita. Al descubrir la América, los españoles encontrarón la teocracia en Méjico y en el Perú. Bajo esa especie de civilización existe un orden completo y orgánico, en que los tres elementos capitales de la naturaleza humana, el sentimiento, la inteligencia y la actividad, convergen individual y socialmente hacia una destinación común. Sin embargo, ese régimen no puede ser más que provisorio, dado que, si no se ve ahí á la anarquía, tampoco se ve al progreso. La estabilidad teocrática tiende, pues, á convertirse en estagnación.

Del Egipto, fuente venerable de la civilización occidental, partió el movimiento de emancipación. Esa gran teocracia dió origen á la Grecia, donde comienza el viaje de treinta siglos que, á través de Roma, la Edad Media y

los tiempos modernos, conduce hasta la Religión de la Humanidad, que debe organizar la sociocracia. Vosotros sois unos niños, les decían los sacerdotes egipcios á los filósofos griegos, al verlos pasar la existencia en un perpetuo discutir. Tenían razón, por decirlo así, pues eso no es, de ningún modo, el verdadero fin de la vida. Pero la intelectualidad griega echó las bases de la ciencia abstracta que se inicia matemáticamente con Tales y Pitágoras, y se corona sociológicamente con Augusto Comte.

A partir de Grecia que rompió la unidad teocrática, el Occidente se halla en constante transición, mientras que el Oriente quedaba inmóvil y mirando con lástima el agitado vaivén de nuestros pueblos que no les consiente vivir en paz. El orden propiamente dicho que armonice por completo la existencia humana, no ha podido hasta ahora constituirse entre nosotros los occidentales. A la Grecia le faltó, á pesar de su esplendor intelectual, el suficiente concurso del sentimiento y la actividad. La Edad Media, tan gloriosa por la cultura moral, descuida la inteligencia, y la actividad sobre todo. Con los tiempos modernos se abre el gran desarrollo científico industrial que permite utilizar prodigiosamente, para el bienestar del hombre, las fuerzas de la naturaleza. Mas, en medio de todo eso, hacía mucha falta el sacrosanto ideal que nos ha traído al fin el positivismo.

Bajo esta sublime doctrina, el sentimiento, la inteligencia y la actividad se combinan en una

eterna armonía. La unidad inmóvil de la teocracia es reemplazada por la unidad progresista de la sociocracia. Aquí todo converge al amor, al conocimiento y al servicio de la Humanidad. Individuos, familias y patrias se verán orgánicamente reunidas en ese verdadero Sér Supremo, por la Iglesia Universal, que presidirá, sobre el planeta entero, la educación altruista y mantendrá la más santa concordia en los hogares, en las ciudades y entre todas las naciones.

La entrada á esa gloriosa existencia me parece más expedita para los pueblos de antecedentes católicos, como Francia, Italia, España y las Repúblicas que de ésta nacieron, que para los pueblos de antecedentes protestantes, como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, porque el catolicismo es más bien de carácter sintético y social, mientras que el protestantismo se inclina á ser analítico é individual. Por lo demás, sólo se trata, en el fondo, de una noble rivalidad en que el vencido seguirá de corazón al vencedor. Todas las naciones se juntarán, al fin, en la sociocracia, aunque unas lleguen primero y otras después á ese régimen mormal, donde el amor, el orden y el progreso estarán siempre en el más perfecto acuerdo.

Saluda á Vd. atentamente su servidor.

Juan Enrique Lagarrigue.

Santiago, 11 de Descartes de 53.
(18 de Octubre de 1907).

Á PROPÓSITO DEL ESPIRITISMO

Señor Director de "El Ferrocarril"

Muy señor mío:

En el número de ayer de "El Ferrocarril" se trascribe un largo trozo de la última obra de Flammarion que acaba de ser traducida al castellano, aquí en Santiago. Creo que nunca se podrá estar demasiado en guardia contra las pretendidas fuerzas ocultas de la naturaleza.

Flammarion se empeña en aparecer como un observador científico, que deja constancia imparcialmente de lo que ha visto. Mas su libro concurre, en el fondo, á fortalecer la creencia en lo sobrenatural, aunque á juicio del autor, no puede haber nada en los campos del Universo que no sea natural, sino solamente parte conocida, y parte todavía desconocida.

Conviene que precisemos el sentido de los términos para evitar confusiones. Se ha en-

tendido generalmente por orden sobrenatural aquél en que se supone que los espíritus viven sin cuerpo, siéndoles dado, á pesar de eso, ejercer la acción más poderosa. El progreso científico, que se inicia con los teoremas matemáticos y las observaciones astronómicas, ha ido estrechando poco á poco ese dominio del misterio, y con la fundación de la sociología por Augusto Comte, el horizonte espiritual cambió enteramente de aspecto, quedando eliminado todo lo que se relaciona con la teología.

Esto se desconoce aún por las personas que vienen á sustentar, con otro nombre, el mismo orden de especulaciones que forman la esencia de las doctrinas sobrenaturales. Pero hay entre la antigua teología, sobre todo, católica y la moderna teología, llamada espiritismo, una gran ventaja en favor de la primera. El catolicismo surgió, en efecto, cuando era imprescindible apelar al concepto de lo sobrenatural para regir nuestra existencia. No se concebía entonces otra base de la moral que la noción de Dios. Es cierto que esto implicaba la posibilidad del milagro, pero el catolicismo se condujo á ese respecto con una alta discreción, guiado por su admirable instinto social. El culto católico tendía, por decirlo así, á la adoración de la Humanidad, primero con el tipo de Cristo y después con el tipo mucho más bello de la Virgen Madre, que importa, si bien se considera, la merecida glorificación de la Mujer por su eterno destino de santa redentora de las almas. De ahí que el

tránsito del catolicismo al positivismo pueda efectuarse sin rompimiento alguno, por evolución orgánica.

Cuanto al espiritismo, él parece olvidarse del tiempo en que vivimos. Cerrando los ojos á la aparición de la sociología, que fija expresamente nuestros destinos con altruista referencia á la Humanidad, trata de envolver al mundo en un velo de misterio, y expone al peligro inminente de hondos quebrantos cerebrales, por la aptitud presunta en cualquier individuo de poder comunicarse con los muertos, no en la forma bienhechora del recuerdo, sino por supuestos y perturbadores contactos objetivos. ¿Quién osará negar que los que hacen de *mediums* son de índole muy neurasténica y que cuando ejercen, sobre todo, las funciones de tales, se hallan en un evidente desequilibrio del alma y sufren aún graves trastornos físicos? ¿Por qué entonces no se mira todo eso como manifestaciones patológicas que debieran reprimirse con una buena higiene moral, en vez de fomentarlas?

Desearíamos que los que se han dejado llevar del espiritismo, reflexionen concienzudamente sobre los daños que él entraña, y, además, sobre lo anacrónico que es ahora que la religión se ha convertido de teológica en sociológica. Busquemos la salud del alma y la del cuerpo por el verdadero camino. Una y otra dependen, en último análisis, de la concordia de todos los pueblos en la Humanidad. El consenso social es la base del consenso individual. Nadie podrá gozar de perfecta paz,

si no la hubiere en su familia, y en su patria, y en el mundo. Por eso es preciso converger sin cesar, con generoso aliento, al triunfo de la religión altruista que viene á producir el más armónico desarrollo de nuestra existencia sobre el planeta que habitamos, llevando la felicidad á todos los hogares y á todas las naciones.

Saluda á Vd. atentamente su servidor

Juan Enrique Lagarrigue.

Santiago, 22 de Federico el Grande de 53.
(26 de Noviembre de 1907).

EL PROLETARIADO CHILENO Y LA CUESTIÓN DEL NORTE

Señor don Zenón Torrealba.

Estimado señor:

Me permito escribirle á propósito de nuestras dificultades del Norte. Creo que el momento actual es muy propicio para llegar á una reconciliación plena de Chile con el Perú. ¿Por qué los proletarios de nuestra patria, que tienen en Vd. uno de sus más nobles guías, no habrían de concurrir eficazmente á esa generosa labor? Ello me parece tanto más indispensable cuanto que los intereses del proletariado de los diversos pueblos son solidarios.

Pero no es esto todo. La misión propia del proletariado, que está llamado á constituir la verdadera opinión pública de cada país, es velar por los destinos de nuestra especie entera, haciendo converger, así el poder temporal como el poder espiritual, al perfeccionamiento de la existencia humana sobre la Tierra. No dudo que Vd. en su buen criterio, ha de ver eso con toda claridad.

Ya que se les reprocha, de ordinario, á los obreros, que sólo se mueven por egoísmo de clase, se les presenta ahora, en nuestro país, la feliz ocasión de justificarse abiertamente. ¡Cuán honroso sería, en verdad, que los proletarios chilenos dieran un alto ejemplo de altruismo, pidiendo, en forma solemne, un arreglo definitivo con el Perú, sobre la base de la devolución de Tacna y Arica! Hago votos, señor Torrealba, porque Vd. ponga su influencia y su prestigio al servicio de esa obra gloriosa, que tanto dignificaría, en la Humanidad, á nuestra patria, facilitándole, al mismo tiempo, su evolución hacia el sublime régimen sociocrático que emana de la sociología.

Salud y Fraternidad.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

Santiago, 10 de Bichat de 53.
(12 de Diciembre de 1907).

SOBRE LA LENGUA UNIVERSAL

Señor Doctor don E. Fraga.

Distinguido Doctor:

Respondo á la atenta y benévola carta en que Vd. me invita á colaborar al triunfo del esperanto, en su carácter de presidente de la Asociación de ese idioma en Chile. Como adepto de la Religión de la Humanidad, soy naturalmente partidario de una lengua universal, y no dudo que llegará al fin á establecerse. Pero conforme al dictamen del mismo Augusto Comte, glorioso fundador de la doctrina normal que profeso, la unidad de lengua ha de ser precedida por la unidad de creencia. Se desprende de ahí que la religión universal debe anticiparse y no seguir al idioma universal.

Desearía, mi estimado Doctor Fraga, que Vd. se colocara en este punto de vista. Entonces podría Vd. convenir plenamente con nosotros en que el triunfo de la Religión de la Humanidad es lo primero. Después ha de ins-

talarse la lengua universal que, según Augusto Comte, será el italiano, perfeccionado con el concurso de las demás lenguas occidentales.

Permítame llamar su atención á la circunstancia característica de que siendo francés el fundador del positivismo, no haya sin embargo designado, á ese respecto, el idioma de su propia patria. ¡Hermoso rasgo de desinterés! En su sereno y abnegado criterio, que se inspiraba siempre en el más excelso amor de la Humanidad, Augusto Comte fijó como lengua universal á la más estética y afectuosa de las lenguas, á pesar de ser la lengua de un país que no era el suyo.

¿Por qué no habrían de juntarse los hombres de buena voluntad de todas las naciones, en la labor primordial del santo predominio de la religión altruista? Lo que hoy hace más falta es una creencia demostrable que unifique á las almas en un ideal supremo. El mundo camina al azar, desprovisto de conductor espiritual. La fe teológica está agotada y ya no preside al orden público, aunque todavía ejerza débil influjo en la vida privada. En adelante, sólo la fe sociológica puede guiarnos con eficacia, rigiéndolo todo altamente por el amor y el servicio de la Humanidad. Cuando estemos unidos de ese modo, se verá luego prevalecer la lengua universal, sin lo cual no sería completa la armonía en el astro que habitamos.

El hombre, en su espontánea aspiración á la unidad, tuvo, desde los principios, por grave imperfección la multiplicidad de lenguas, como

lo atestigua, sobre todo, la leyenda de la torre de Babel. Me parece que fué Leibnitz el primero que, en los tiempos modernos, habló de la necesidad y de la posibilidad de una lengua universal. Durante el siglo XIX hubo si no me equivoco más de ochenta tentativas en ese sentido. De Chile surgió una por medio de nuestro ilustrado compatriota el Doctor Liptay. Un positivista alemán, el Doctor Molenaar, muy entendido en filología, hizo otra el año último con el pan-roman.

Por bien intencionadas que sean esas tentativas y por adeptos que haya hoy conquistado el esperanto, tiendo á imaginarme que todo ello importa un trabajo arduo que no realizará el fin que se anhela; y me temo aún que pueda tal vez contribuir á aumentar la confusión de lenguas. Creo, por lo tanto, que debo acatar la opinión de Augusto Comte, y esperar el triunfo del idioma universal para después del triunfo de la religión universal.

Saluda á Vd. atenta y cordialmente su servidor

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

Santiago, 12 de Bichat de 53.
14 de Diciembre de 1907).

EN FAVOR DE LA LIBERTAD DE IMPRENTA

Señor don Galvarino Gallardo Nieto.

Distinguido y estimado amigo:

Muy bella es su campaña en favor de la libertad de imprenta, contra la cual se pretende ahora reaccionar. Deseo que alcance Vd. pleno éxito, á ese respecto, en interés del porvenir de nuestra patria. El triunfo de la reacción sería funesto.

Me permito manifestarle el sistema propuesto por Augusto Comte para obtener la moralidad de la prensa. Consiste en la obligación de firmar, indicando el lugar y fecha del nacimiento del escritor y la dirección de su domicilio. No se ocultará á la perspicacia de Vd. cuánto se dignificaría la prensa con la abolición del anónimo. Por lo demás, el modo de firmar, aconsejado por Augusto Comte, no puede ser más racional, puesto que así se sabe nuestra nacionalidad, nuestra edad y nuestro domicilio, lo que implica verdadera significación para los consejos que se den ú opiniones que se viertan.

Tocante á la cuestión de Tacna y Arica Vd. cree que los positivistas chilenos invocan el nombre de Augusto Comte impropiamente. Siento que Vd. se imagine eso, por lo mismo que á Vd. le inspira tanto respeto el fundador de la Religión de la Humanidad. En mi anhelo de que Vd. pudiera modificar su juicio en este punto, voy á trascribirle unas cuantas palabras del Maestro, á propósito de la reacción teológica y militar operada por el primer Bonaparte en contra de la revolución francesa. Hélas aquí traducidas de la edición apostólica del *Catecismo Positivista* de Augusto Comte, hecha, en París, por mi hermano Jorge.

"Pero las tendencias fundamentales de la civilización moderna rechazaron igualmente el teologismo y la guerra. Los estímulos sin ejemplo que recibieron entonces todos los instintos egoístas no dispensaron al espíritu militar de fundar su orgía final sobre un reclutamiento forzado, cuya adopción universal anuncia el próximo desaparecimiento de los ejércitos, que se verán sustituídos por la policia. Ninguno de los artificios retrógrados, introducidos en seguida, á fin de impedir ese desenlace, ha podido reanimar el cadáver de la guerra ó el del teologismo, ni siquiera bajo pretexto de progreso y á pesar de la ausencia de convicciones públicas que anatematizaran esa conducta. Respecto del más inmoral de esos expedientes, oso proclamar aquí los votos solemnes que formo, en nombre de los verdaderos positivistas, para que los árabes expulsen enérgicamente á los franceses de

Argelia, si éstos no saben restituírsela dignamente. Me honraré siempre de haber deseado ardientemente, en mi infancia, el éxito de la heroica defensa de los españoles (contra el primer Bonaparte)."

En vista de esto, abrigo la esperanza de que Vd. llegue á convenir en que los positivistas chilenos son perfectamente fieles al verdadero espíritu de Augusto Comte, cuando piden la devolución de Tacna y Arica al Perú.

No quisiera cerrar esta carta sin formar nuevos votos por que Vd. consagre su brillante y vigorosa pluma al triunfo del positivismo, en esta hora tan solemne de la evolución humana.

Lo saluda atenta y cordialmente su amigo

Juan Enrique Lagarrigue.

Santiago, 14 de Moisés de 54.
(14 de Enero de 1908).

Señor don Galvarino Gallardo Nieto.

Distinguido y estimado amigo:

Continúa Vd. en "El Ferrocarril" su noble campaña en favor de la libertad de imprenta, que se trata de entrabar en nuestro país. Espero que el buen sentido prevalezca y que se deje aquí en paz esa conquista de la civiliza-

ción moderna. Lo contrario sería un retroceso.

Vd. se ha dignado discutir benévolamente las observaciones que me permití hacerle preconizando el modo propuesto por Augusto Comte para moralizar la prensa, que es lo que importa conseguir. El anónimo es pariente del misterio, y tanto el uno como el otro tienden á desaparecer con el progreso humano. Recordará Vd. que el inmortal Aristóteles escribió dos clases de obras, unas para los iniciados y otras para el público. La religión egipcia, que presidió á la cultura griega, tenía, como todas las religiones teológicas, sus misterios. Hoy, la religión sociológica, instituída por Augusto Comte, los excluye completamente, reemplazándolos por utopías racionales que simbolizan el ideal positivo que debemos perseguir sin cesar. Ocultismo, masonería, anónimo, son restos de la antigua civilización, que conviene eliminar, para vivir siempre á las claras, conforme al gran principio altruista que prescribe una destinación netamente social á nuestros afectos, á nuestras ideas y á nuestros actos.

Al presente hay cosas que no necesitan ser demostradas y que se imponen á todos los espíritus sensatos. Hubo un tiempo en que los geómetras se gastaban en argumentaciones para probar que la línea recta es el camino más corto de un punto á otro. Eso ya no se discute y ha pasado á la categoría de axioma. ¡Cuántas verdades del orden astronómico, físico, químico y biológico no se encuentran

en el mismo caso! Y si nos elevamos, en fin, hasta el orden religioso, puede decirse que ahora es de toda evidencia que el centro normal de nuestra vida lo constituye la Humanidad, y que, por lo tanto, así los individuos, como las familias y las patrias deben consagrarse de lleno al servicio de ese verdadero Sér Supremo, sin desviaciones sobrenaturales de ningún género. Cuando se cumpla en todas partes con esa obligación incontestable, veremos desaparecer la funesta crisis que hoy devora al mundo, y alzarse, en cambio, la más gloriosa armonía universal.

Me cita Vd., mi apreciado amigo, la opinión de nuestro esclarecido compatriota, Don Ambrosio Montt, en su obra "*Ensayo sobre el gobierno en Europa*", que es favorable al anónimo. Sin embargo, dicho trabajo, por brillante que sea, fué fruto de la juventud, y dudo que su autor conservara en la edad madura el mismo parecer. Además, el momento en que escribió ese libro era reaccionario en el antiguo continente, y no es extraño, por eso, que Don Ambrosio Montt abogara por el anónimo, como arma de defensa contra la opresión. Las sociedades secretas mismas se explican en ciertos casos, y pueden colaborar á la evolución humana. Pero en nuestra patria nos es dado reunirnos públicamente para toda obra benéfica, y sustentar, bajo nuestra propia firma, las ideas más avanzadas, sin riesgo de ser molestados. Desearía, pues, mi apreciado amigo, que así como Vd. defiende calurosamente la libertad de imprenta, con-

tribuyera también á que todo escritor chileno se acostumbre á emitir sus opiniones á cara descubierta. Me parece que con eso ganaría mucho nuestra cultura.

Lo saluda atenta y cordialmente su amigo

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

Santiago, 20 de Moisés de 54.
(20 de Enero de 1908).

———



LA SERENIDAD DEL JUSTO Y EL RECUERDO DEL PASADO

Señor don Galvarino Gallardo Nieto.

Distinguido y estimado amigo:

En la última parte del laborioso estudio económico de don Julio Zegers, que he leído en "El Ferrocarril" de ayer, se alude á la cuestión con el Perú. No sé si Vd. se habrá fijado en este asunto que envuelve la mayor trascendencia para los destinos de nuestra patria. Desearía, en verdad, que Vd. lo abordara de frente, y que viniera á ilustrarlo con su brillante pluma. Así continuaría Vd. la serie de sus nobles campañas progresistas, como la que realizara no ha mucho en favor de la libertad de imprenta que se trataba de restringir en Chile.

Aunque el señor Zegers se ha elevado ahora notablemente en benevolencia, no alcanza to-

davía la serenidad del justo que hace contemplarlo todo desde el más generoso punto de vista y que impulsa á confesar, sin miedo, los errores en que se haya incurrido. De ahí que lo veamos persistir en justificar la revolución de 1891, y negarse á reconocer que el verdadero interés de Chile estaba representado entonces por el ilustre Balmaceda, como lo ha demostrado, con exceso, la dolorosa experiencia recogida en el largo funcionamiento del parlamentarismo triunfante. Otra sería hoy, sin duda, la situación de nuestra patria, si hubiera prevalecido el régimen presidencial.

Respecto de la cuestión con el Perú, no se halla libre tampoco el señor Zegers de una antigua paralogización. Si bien desea el pronto arreglo de la dificultad con ese país, lo hace, no obstante, dirigiéndole graves reproches, que son, cuando menos, inadecuados. Por lo demás, imputarle al Perú su alianza con Bolivia, como una celada contra Chile, no me parece equitativo. Manifiestamente aquello era sólo para defenderse y no para ofender. Tan es así que Chile venció á las dos naciones juntas.

Creo que no debemos recordar del pasado sino lo que nos aliente para encaminarnos al porvenir. Las discordias internacionales no hacen más que retardar el triunfo de la felicidad en la Tierra. Sólo por medio de una esforzada colaboración pacífica de todos los pueblos, subordinados religiosamente á la Humanidad, se ha de lograr obtener el verdadero bienestar individual y social, que irá acrecen-

tándose á través de las generaciones. Anhelo que Vd. llegue á convenir en esto, y que se decida á prestar fervientemente su vigoroso concurso á la redención suprema.

Saludándolo con toda cordialidad, quedo á sus órdenes en mi nuevo domicilio.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.
(San Isidro, 75.)

Santiago, 4 de Aristóteles de 54.
(29 de febrero de 1908).

INDICE